

DECECT

L5

N3

v3

LIBRO OCTAVO.

ES PROPIEDAD.



FONDO HISTORICO
R. CARDO COVARRUBIAS

156303

Imprenta de la Viuda de Hernando y C., Ferraz, 15.

LIBRO OCTAVO.

SUMARIO.

Defección de los latinos y campanios.—Muerte del pretor latino Anno.—El cónsul T. Manlio manda decapitar á su hijo.—Sacrificio de P. Decio.—Sumisión de los latinos.—Regreso de T. Manlio á Roma.—Condenación de la vestal Minucia.—Derrota de los ausonios.—Toma de Cales y establecimiento de una colonia.—Enviase otra colonia á Fregelas.—Señoras romanas envenenadoras.—Ley contra el envenenamiento.—Sublevación de los privernatos.—Rendición de los palepolitanos.—Triunfo de Q. Publilio.—Derechos de los acreedores.—Ocasión de la reforma de estos derechos.—Dictadura de L. Papirio Cursor.—Victoria de Q. Fabio.—Cuestiones con el dictador Papirio.—Diferentes triunfos de los romanos contra los samnitas.

Estaban ya desempeñando el cargo los nuevos cónsules C. Plaucio por segunda vez y L. Emilio Mamercino, cuando los habitantes de Secia y de Norba vinieron á anunciar á Roma la defección de los privernatos y á quejarse de los desastres de que habían sido víctimas. Difúndese también la noticia de que el ejército de los volscos, con los anziatos al frente, se ha situado cerca de Satricum. Esta doble guerra tocó en suerte á Plaucio,

quien dirigiéndose primeramente á Priverna trabó en seguida el combate. Sin grande esfuerzo fué derrotado el enemigo; tomada la ciudad y de vuelta en seguida á los privernatos, á condición de que quedaría en ella fuerte guarnición. Despojóseles de dos terceras partes de su territorio; y desde allí, el ejército victorioso se dirigió á Satricia contra los anziatos, trabándose allí por ambas partes lucha terrible con espantosa carnicería. Una tempestad que sobrevino en el momento preciso en que la esperanza del éxito era incierta aún, separó á los combatientes; los romanos, sin debilitarse en nada por un combate cuyo resultado era tan dudoso, se preparaban para comenzar otra vez al día siguiente; pero los volscos, habiendo contado los hombres que dejaban en el campo de batalla, no se encontraron con valor para ensayar de nuevo sus fuerzas: de noche, como vencidos, precipitadamente y en desorden, abandonando sus heridos y una parte de sus bagajes, huyeron á Anzio. Encontróse gran cantidad de armas entre los cadáveres enemigos y hasta en el campamento; el cónsul dijo que hacía homenaje de ellas á Iua Madra (1) y después se dedicó á talar el territorio enemigo hasta la orilla del mar. El otro cónsul, Emilio, que había entrado en el Samnio, no encontró en ninguna parte para resistirle ni campamento ni las legiones de los samnitas; y ya paseaba el hierro y la antorcha por sus campos, cuando llegaron á pedir la paz legados samnitas. Enviados por el cónsul al Senado, obtuvieron permiso para hablar, y deponiendo entonces su natural altivez, suplicaron al Senado les concediese la paz para ellos y el derecho de hacer la guerra á los sidicinos.

(1) Entre las divindades que se imploraban en las antiguas rogativas públicas, según el rito romano, menciona Aulo Gelio á Iua Saturni. Los romanos derivaban este nombre de Iuere, el piar.

ción tanto más justa, cuanto que en la prosperidad y no en la desgracia, como los campanios, solicitaron la amistad del pueblo romano; que era contra los sidicinos, sus enemigos de todo tiempo y jamás amigos del pueblo romano, contra los que querían empuñar las armas; que este pueblo, por otra parte, no había solicitado, como los samnitas, su amistad durante la paz; ni como los campanios, su auxilio en la guerra; que además no estaba bajo la protección ni bajo el dominio de Roma.

Habiendo sometido el pretor T. Emilio á la deliberación del Senado la petición de los samnitas, y habiendo opinado los padres que era necesario renovar el tratado, el pretor contestó á los samnitas: «Que no ha dependido del pueblo romano que su alianza con ellos no fuese duradera; nada; sin embargo, se opone, puesto que están cansados de la guerra, que ellos solos han provocado, á que se restablezcan entre los dos pueblos relaciones de buena amistad. En cuanto á lo que se refiere á los sidicinos, no hay obstáculo para que el pueblo samnita sea libre en ejecutar su derecho de paz y de guerra.» Una vez concluido el tratado, y ellos de regreso en su país, el ejército romano lo evacuó en seguida, después de recibir un año de sueldo y tres meses de viveres, condición que había impuesto el cónsul por la tregua convenida hasta el regreso de los legados. Entonces los samnitas, con las mismas tropas que habían opuesto al ejército romano, marcharon contra los sidicinos, esperando apoderarse en seguida de su ciudad. Los sidicinos, por su parte, trataron primeramente de entregarse á los romanos; pero como los senadores rechazaron aquel ofrecimiento demasiado tardío y arrancado por la necesidad, se entregaron á los latinos, quienes espontáneamente habían empuñado ya las armas. Los campanios mismos, recordando más el ultraje de

los samnitas que el socorro de los romanos, se asociaron también á esta guerra. De todos estos pueblos reunidos se formó un solo é inmenso ejército, que bajo la dirección de un latino invadió el Samnio, causando allí más daño con sus devastaciones que con los combates que libró; y aunque vencedores en todos los encuentros los latinos, por no tener que combatir sin cesar, se retiraron voluntariamente. Esta circunstancia dió tiempo á los samnitas para enviar legados á Roma, quienes se presentaron al Senado quejándose de sufrir lo mismo siendo aliados que enemigos de Roma. Después, con la mayor humildad, ruegan á los romanos «se contenten con haberles arrancado su victoria sobre los campanios y los sidicinos, y que no les dejen vencer por los enemigos más cobardes. Si los latinos y los campanios están bajo el dominio de los romanos, en virtud de su soberanía puede Roma prohibirles el territorio samnita; y si no reconocen esta soberanía, contenerlos al menos con la fuerza de las armas.» Estas quejas solamente obtuvieron vaga respuesta, porque les repugnaba confesar que los latinos no estaban ya bajo la autoridad de Roma, y podía temerse que las reconvenciones los indispusiesen para siempre. «En cuanto á los campanios, su posición es muy diferente, puesto que no por tratado, sino por cesión, están bajo el patronato de Roma. Así, pues, los campanios, quieran ó no, permanecerán quietos; pero nada hay en el tratado con los latinos que los prohíba guerrear con quienes les plazca.»

Esta contestación, que dejaba inciertos á los samnitas acerca del partido que iba á tomar Roma, asustó y concluyó por alejar á los campanios; pero los latinos, como si los romanos renunciasen á todo derecho sobre ellos, se hicieron más altivos. Así, pues, bajo pretexto de preparativos de guerra contra los samnitas, celebraron frecuentes asambleas; y en todas sus deliberacio-

nes, los jefes se concertaron para añadir secretamente sus proyectos de guerra contra Roma. Hasta los mismos campanios estaban en estas deliberaciones contra sus libertadores. Pero á pesar de su cuidado por ocultarlo todo, y aunque querían, antes de provocar á Roma, deshacerse de los samnitas, que los amenazarían por la espalda, algunos latinos, unidos á los romanos por lazos particulares de hospitalidad y amistad, dejaron escapar indicios de aquella conjuración. Los cónsules recibieron orden de abdicar antes de tiempo, porque era el medio de nombrar otros más pronto, para soportar el peso de tan importante guerra. Pero se oponía una exigencia religiosa á que reuniesen los comicios aquellos cuya autoridad se encontraría por este hecho tan restringida. Entonces comenzó un interregno, habiendo dos inter-reyes, M. Valerio y M. Fabio; en seguida se nombró cónsules á T. Manlio Torcuato por tercera vez y á P. Decio Mus. Esto fué el año en que Alejandro, rey de Epiro (1), abordó á Italia con su flota, según parece cierto; y si al principio hubiese conseguido bastante éxito, sin duda habría llevado su expedición hasta Roma. También fué esta la época de las hazañas del Grande Alejandro, de aquel príncipe hijo de la hermana (2) del primero que, en otra parte del mundo, joven aún y nunca vencido, sucumbió en una enfermedad al capricho de la fortuna. Por lo demás, aunque los romanos no dudasen ya de la defección de sus aliados y de los pueblos latinos, fingieron ocuparse de los samnitas

(1) Esta fecha de Tito Livio no concuerda con la Historia Griega. El año 337 en que entra Tito Livio es anterior hasta á la muerte de Filipo de Macedonia. No se conoce ninguna expedición de Alejandro á Italia anterior á la del año 323. Aunque es posible que el rey de Epiro hiciese alguna tentativa que omitan los historiadores griegos.

(2) El rey de Epiro era hermano de Olimpias.

y no de ellos, llamando á Roma á diez jefes latinos para manifestarles su propósito. Había entonces en el diage dos pretores: L. Annio Setino y L. Numisio Gircense, y ámbos colonos romanos, y que además de Signia y Veitres, colonias romanas también, habían arrastrado á los volscos á la guerra. Resolvióse llamarlos en particular, pero ni el uno ni el otro pudieron engañarse acerca del objeto del llamamiento. Así, pues, estos dos pretores reunieron antes de su marcha el consejo común para informarle de la orden que les llevaba á Roma, y sujetar á deliberación la respuesta que habían de dar á lo que suponían habían de preguntarles.

«No opinando todos de igual manera, dijo Annio: «Aunque yo mismo he sometido á discusión la respuesta que he de dar, estoy sin embargo convencido de que es mucho más importante para nosotros ocuparnos de lo que hemos de hacer que de lo que hemos de decir. Una vez adoptada una resolución, fácil será acomodar las palabras á las cosas. Porque si todavía hoy, aliados en la apariencia, podemos soportar no ser realmente más que esclavos, ¿por qué vacilar en hacer traición á los sidicinos, en someternos á la voluntad, no solamente de los romanos, sino también de los samnitas, en contestar á Roma que á la menor indicación suya depondremos las armas? Pero si pesa en vosotros el recuerdo de la libertad perdida; si existe un tratado; si en una alianza hay igualdad de derechos; si somos consanguíneos de los romanos, lo cual ocasionaba antes nuestra vergüenza y hoy debe formar nuestra gloria; si este ejército social es de tal manera para ellos que duplican sus fuerzas reuniéndolo al suyo, y que sus cónsules, para emprender ó terminar sus guerras, no quieren separarse de él, ¿por qué no es todo igual entre nosotros? ¿Por qué no se nombra uno de los cónsules entre los latinos? Donde se participa de la fuerza, debe participarse del poder;

Y no es ciertamente pretender demasiado, cuando consentimos que Roma sea la capital del Lacio. Sin embargo, estas pretensiones podrán parecer excesivas, gracias á nuestra larga paciencia. Si alguna vez habéis deseado ocasión de asociarós al imperio y de reconquistar la libertad, ahora se os presenta, traída por vuestro valor y por la bondad de los dioses. Habéis puesto á prueba la paciencia de los romanos al negarles nuestros soldados: ¿quién dudaba que no estallase entonces su enojo cuando destruíamos una costumbre de más de doscientos años? (1) Sin embargo, soportaron la afrenta. En nuestro propio nombre hemos hecho la guerra á los pelignos; y esos amos, que antes llegaban hasta no permitirnos defender por nosotros mismos nuestras fronteras, no se opusieron á ello. Los sidicinos se han colocado bajo nuestra protección; los campanios los han dejado para venir á nosotros; nuestro ejército se prepara para marchar contra los samnitas, unidos con ellos por un tratado; lo saben y ni siquiera han salido de su ciudad. ¿De qué procede tanta moderación sino del conocimiento que tienen de nuestras fuerzas y de las suyas? Tengo datos ciertos de que en su contestación á las quejas de los samnitas contra nosotros, el Senado no ha temido dejar ver que Roma no pretendia ya tener á los latinos bajo su dominio. Entrad, pues, en posesión de lo que tácitamente os conceden. Si el temor os impide hablar, aquí me tenéis; yo mismo, delante del pueblo romano, delante del Senado y hasta de ese Júpiter, que habita en su Capitolio, me obligo á decirles que si quieren tenernos por aliados y amigos, es necesario que en adelante reciban de nosotros uno de los cónsules y una parte del Senado.» A estas palabras de

(1) Desde los tiempos de Servio Tulio y de Tarquinio el Superbo, se participa de la fuerza, debe participarse del poder.

Annio, que no solamente daba un consejo atrevido, sino que prometía obrar, oyóse universal grito de aprobación, encargándole hacer y decir todo cuanto le inspirara el interés general del nombre latino y su conciencia.

Cuando llegaron los legados á Roma les recibió el Senado en el Capitolio. Allí, el cónsul T. Manlio, autorizado por el Senado, entró en discusión con ellos, para comprometerles á no hacer la guerra á los samnitas ligados á Roma por un tratado. Entonces Annio, como vencedor y dueño del Capitolio por derecho de conquista, y no como legado bajo la salvaguardia del derecho de gentes, se expresó así: «Manlio y vosotros, padres conscriptos, ya era tiempo de que no obraseis con nosotros como amos, cuando veis al Lacio tan poderoso por sus armas y soldados, gracias á la bondad de los dioses, á sus victorias sobre los samnitas, á su alianza con los sidicinos y los campanios, á la reciente unión de los volscoos y también á la preferencia que nos han dado sobre vosotros vuestras antiguas colonias. Pero como por vosotros mismos no podéis poner término á vuestro insaciable deseo de reinar, aunque por la fuerza de las armas podemos asegurar la libertad del Lacio, venimos por consideración á los lazos de sangre que nos unen á proponeros la paz en condiciones iguales para los dos pueblos, puesto que los dioses inmortales han querido hacernos iguales en fuerzas. En adelante se elegirá un cónsul en Roma y otro en el Lacio; el Senado se formará por partes iguales de una y otra nación; no habrá más que un solo pueblo, una sola república, y con objeto de que la sede del imperio sea la misma, que tampoco haya más que un nombre para todo; pero como en esto una de las dos partes ha de ceder necesariamente á la otra, en interés de todos, vuestra ciudad será preferentemente la patria común y

todos llevaremos el nombre de romanos.» Quiso la casualidad que en aquella época pudiese oponer Roma á Annio un hombre igualmente impetuoso, el cónsul T. Manlio, quien no pudiendo contener la cólera, declaró en seguida: «Que si los padres conscriptos cometiesen la locura de recibir la ley de un hombre de Secia, vendría al Senado armado con una espada, y mataría con su propia mano á todo latino que encontrase en la curia.» Y volviéndose en seguida hacia la estatua de Júpiter: «Oye estas blasfemias, ¡oh Júpiter! ¡Oídlas vosotros también, Derecho y Justicia! ¡Extranjeros por cónsules, extranjeros por senadores! ¡Y en tu templo inaugurado, oh Júpiter, tú debes presenciarlo! ¡Tú mismo cautivo, tu mismo oprimido! ¿Son estos los tratados de Tulo, rey de Roma, con los albanos, vuestros ascendientes, oh latinos? ¿Son estos los que más adelante ajustó con vosotros L. Tarquino? ¿No recordáis ya la batalla del lago Regilo? ¿Y vuestras antiguas derrotas y nuestros antiguos beneficios, todo lo habéis olvidado?»

Muestras de la indignación de los senadores siguieron al discurso del cónsul. Refiérese que durante las reiteradas súplicas de los cónsules que invocaban los dioses testigos de los tratados, Annio pronunció palabras despreciativas para la divinidad del Júpiter romano. Pero lo cierto es que en su cólera, y habiéndose lanzado bruscamente fuera del vestibulo del templo, cayó sobre las gradas, se hirió gravemente en la cabeza y rodó hasta abajo con tal violencia que quedó aturdido. Según los historiadores, expiró en el acto; pero como no están todos conformes en este punto, nada afirmo, como tampoco acerea de aquel formidable trueno seguido de tempestad en el instante de la apelación á los dioses contra la violación de los tratados. Todo esto puede ser verdadero; pero también pue-

de ser una ficción imaginada para expresar con mayor viveza el enojo de los dioses. Torcuato, enviado por el Senado para despedir á los legados, al ver á Anio tendido en el suelo, exclamó bastante alto para que lo oyese el pueblo y los senadores: «¡Bien está! ¡Esta guerra es justa; los dioses mismos la quieren! ¡Hay un dios en el cielo! ¡Si, tu existes, oh Júpiter! ¡No en vano te proclamamos padre de los dioses y de los hombres en esta mansión consagrada á tu culto! ¡Por qué tardáis, oh romanos, por qué tardáis, padres conscriptos, en tomar las armas, cuando los dioses marchan delante de vosotros? Así os entregaré las legiones latinas como el legado que veis tendido á vuestros pies.» El pueblo aplaudió este lenguaje del cónsul; y tan excitados se encontraban los ánimos, que menos por el respeto al derecho de gentes que el de los magistrados encargados por el cónsul de acompañar á los legados á su partida, les protegió de la cólera y arrebató de la multitud. El Senado dió también su consentimiento para la guerra; y los cónsules, con dos ejércitos que acababan de levantar, emprendieron la marcha por el territorio de los marsos y de los pelignos, reuniéronse al ejército de los samnitas, y establecieron su campamento delante de Capua, donde se habían reunido ya los latinos y sus aliados. Dícese que allí tuvieron los dos cónsules, mientras dormían, la misma visión; aparecióseles un hombre más corpulento de lo natural, de exterior imponente y majestuoso, que les dijo: «Un general por un lado y por el otro un ejército se deben á los dioses Manes y á la madre Tierra; el general de una de las dos naciones; el general que sacrifique las legiones enemigas y él mismo se sacrifique después, dará la victoria á su pueblo y su partido.» Los cónsules se comunicaron respectivamente su visión nocturna, y para aplacar la cólera de los dioses decidieron sacrificar víctimas, á fin de

que si las entrañas daban presagios conformes á lo que habían visto en sueños, como á los dos cónsules cumpliría el fallo del destino. Las contestaciones de los arúspices concordaron con las secretas impresiones religiosas que embargaban sus ánimos. Convocaron, pues, á los legados y á los tribunos, les expusieron francamente el fallo de los dioses, y para que la muerte voluntaria de uno de los cónsules no infundiese temor en el ejército durante el combate, convinieron en que en el lado en que el ejército romano comenzara á ceder, el cónsul se sacrificaría por el pueblo romano y los caballeros. Hablóse también de disciplina en el consejo (1); si en alguna guerra había sido necesaria la mayor severidad en el mando y que se devolviese á la disciplina militar su antiguo rigor, era en la presente. Hacia indispensable esta precaución el temor del enemigo que iban á combatir; eran los latinos, cuyo lenguaje, costumbres, armas, instituciones, especialmente las militares, tan conformes estaban con las de los romanos; de los soldados á soldados, de centuriones á centuriones, de tribunos á tribunos la semejanza era completa; eran compañeros, colegas que se habían encontrado juntos en las mismas guarniciones, frecuentemente en los mismos manipulos. Así, pues, para evitar equivocaciones en los soldados, los cónsules prohibieron terminantemente en un edicto que se atacase al enemigo fuera de las filas.

La casualidad hizo que entre los prefectos de la caballería enviados para practicar reconocimientos en todos sentidos se encontrase T. Manlio, hijo del cónsul, que con sus soldados rebasó el campamento de los enemigos, de tal suerte, que se encontró á menos de tiro de

(1) Cuantas veces se creyeron en peligro los romanos ó quisieron reparar alguna pérdida, su primer cuidado fue robustecer la disciplina militar.

fecha de la primera guardia, compuesta de jinetes tuscanos y mandada por Gemino Mecio, distinguido entre los suyos por su nacimiento y su valor. En cuanto éste vió á los jinetes romanos y reconoció á su frente al hijo del cónsul (porque todos se conocían, especialmente las personas ilustres), exclamó: «¿Acaso venis los romanos con una turma sola á hacer la guerra á los latinos y sus aliados? ¿Qué van á hacer entretanto vuestros cónsules y vuestros dos ejércitos consulares?» «Vendrán en cuanto convenga, contestó Manlio, y con ellos vendrá también Júpiter, testigo de los tratados que habéis violado, y él es el más fuerte y poderoso. Si en el lago Regilo combatimos hasta saciaros, aquí procuraremos quitaros el deseo de medirnos con nosotros.» Al oír esto, avanzando un poco Gemino el caballo delante de los suyos, dijo: «Quieres tú, mientras llega la hora en que vuestros ejércitos despliegan tan grandes esfuerzos, medirte conmigo, para que por el resultado de nuestro combate pueda comprenderse desde este momento cuán superior es el caballero latino al romano?» Conmovióse profundamente el carácter altivo del joven, y fuese por ira, por vergüenza de rehusar el combate, ó bien por fuerza invencible del destino, olvidó la autoridad de su padre y los edictos del cónsul, precipitándose ciegamente á un combate en el que importaba poco fuese vencedor ó vencido. Los demás jinetes se alinearon como para presenciar el espectáculo, y en el espacio que quedó libre los dos campeones lanzaron sus caballos uno contra otro, atacándose en mano. La de Manlio resbaló sobre el casco de su adversario, y la de Mecio rozó el cuello del caballo de Manlio. Entonces hicieron dar media vuelta á los caballos, y Manlio el primero se alzó para descargar el segundo golpe clayando la lanza entre las orejas al caballo de su enemigo; al sentirse herido el animal se en-

cabrió, sacudiendo violentamente la cabeza, y derribó al jinete; y en el momento en que éste, apoyándose en la lanza y el escudo, se levanta de su fuerte caída, Manlio le clava la suya en la garganta, le atraviesa los costados y le clava en el suelo. Recoge en seguida los despojos del enemigo, vuelve á los suyos, y con ellos profundamente regocijados, entra en el campamento, dirigiéndose en seguida á la tienda de su padre, sin pensar en lo que había hecho, ni en lo que podía resultar; sin reflexionar siquiera si merecía alabanza ó castigo. «Con objeto de demostrar á todos, padre mío, dijo, que pertenezco á tu sangre, te traigo los despojos de un caballero que me ha retado y á quien he dado la muerte.» En cuanto el cónsul hubo escuchado á su hijo, apartando de él los ojos, mandó tocar la bocina para reunir el ejército; y en cuanto la asamblea fué bastante numerosa, dijo: «Puesto que tú, sin respetar la autoridad consular y la majestad paterna, contra nuestra prohibición y fuera de las filas has combatido con un enemigo; puesto que, en cuanto de ti ha dependido, has infringido la disciplina militar, que hasta hoy ha sido la salvaguardia de Roma, y me has puesto en la necesidad de perder el recuerdo de la república ó de mí mismo y de los míos, soportemos la pena de nuestro delito, antes que hacer expiar con mayores daños nuestras faltas á la república. El ejemplo que vamos á dar es muy triste para nosotros, pero saludable para la juventud venidera. Verdad es que mi natural cariño á mis hijos, y también esta primera prueba de tu valor, cegado por vana imagen de gloria, me hablan en favor tuyo; pero como tu muerte va á sancionar las órdenes consulares, ó tu impunidad á abrogarlas para siempre, creo que no rehusarás, por poca sangre mía que tengas, restablecer con tu suplicio la disciplina militar, destruida por tu falta. Avanza lictor, átales al poste.»

Este aterrible orden consternó al ejército; cada uno creyó ver el hacha levantada sobre su cabeza; y más por tener que por falta de compasión permanecieron inmóviles. Pero cuando después de algunos momentos de sombrío silencio, la vista de aquella cabeza que caía, de aquella sangre que brotaba, arrancó á la multitud de su estapor, dió libre curso á sus quejas y dolorosos gritos, no omitiendo lamentos ni imprecaciones. Cubrieron el cadaver del joven con los despojos del enemigo que mató, y con todo el aparato que podía permitir una solemnidad militar lo quemaron en una pira fuera de las empalizadas. La sentencia de Manlio no debe ser horrorosa para su siglo solamente, sino que debe dejar triste recuerdo en la posteridad.

La enormidad de este castigo hizo al soldado más obediente; además de que las guardias, las rondas de día y de noche, todo el servicio militar, en fin, se hizo con mayor atención y vigilancia, también en la última batalla, cuando bajaron á la llanura, aquella severidad fué igualmente útil. Por lo demás, aquel combate tuvo toda la apariencia de una guerra civil: tanto, exceptuando en el valor, se parecían los latinos á los romanos. Estos se servían antes de los escudos; más adelante, y después del establecimiento del sueldo, la rodela reemplazó al escudo; antes también se formaban en falanges como los macedonios; después formaron sus tropas por manipulos (1); dividiéndolos después en varias compañías (*ordines*), teniendo cada una sesenta soldados, dos centuriones y un vexilario. Dispuestos en batalla ocupaban la primera fila los hastatos, formando quince manipulos, separados entre sí por corto intervalo; el manipulo tenia veinte hombres de tropas li-

(1) De tal manera que quedaban claros entre los manipulos y no era columna cerrada.

geras, y el resto, armado con rodela; dos ligeros llevaban solamente lanza y alardo. Esta línea de batalla la formaba la flor de la juventud más aguerriada. Después venían los hombres de edad más robusta, divididos en igual número de manipulos, llamados príncipes, llevando todos escudo largo y distinguiéndose por la belleza de sus armas; estos treinta manipulos formaban un solo cuerpo y se llamaban antepilanos porque bajo las enseñas formaban delante de los otros quince cuerpos. Cada cuerpo de éstos estaba dividido en tres partes, llamándose cada una de ellas primipila; tenia tres banderas y cada una reunía ciento ochenta y seis hombres. Bajo la primera bandera marchaban los triarios, veteranos de valor probado; bajo la segunda los rorarios, de menos edad y cuyas hazañas no eran tan numerosas, y bajo la tercera los accensos, cuerpo que inspiraba poca confianza, por cuya razón se dejaba en las últimas filas. Formado el ejército en este orden, los hastatos comenzaban el combate; si éstos no podían desordenar al enemigo, retirábanse paso á paso en medio de los príncipes, que se abrían para recibirlos; entonces hacían frente los príncipes y seguían los hastatos, los triarios quedaban inmóviles bajo sus banderas, doblada la pierna izquierda, apoyado el escudo en el hombro, fija en el suelo la lanza, con la punta hacia arriba, y en esta posición presentábanse como ejército resguardado por una empalizada. Si los príncipes no triunfaban tampoco en el ataque, retrocedían de frente poco á poco hacia los triarios, de aquí el conocido proverbio: «Esto toca á los triarios,» que se dice en los grandes peligros. Levántanse entonces los triarios, abren sus filas para recibir á los príncipes y hastatos y las cierran en seguida como para cortar todo paso; y formando de esta manera una sola masa muy compacta, que constituía la última esperanza, caían sobre el

enemigo; este momento era terrible para él, porque cuando creía no tener más enemigos que perseguir, veía surgir de pronto un ejército nuevo y considerablemente aumentado. Casi siempre se levantaban cuatro legiones de cinco mil infantes y trescientos jinetes cada una. Añadíanse igual número de tropas suministradas por los latinos, que ahora eran enemigos de los romanos y habían dispuesto su ejército en el mismo orden de batalla; así, pues, los triarios sabían que tenían que medirse con los triarios, los hastatos con los hastatos, los principes con los principes y hasta los centuriones con los centuriones, si no se confundían las filas en el combate. Entre los triarios de uno y otro bando había dos primipilarios, el uno romano, que era más robusto de cuerpo, y además muy valeroso y diestro; el otro latino, de prodigiosa fuerza y el primer guerrero del ejército, muy conocidos el uno del otro, porque sus compañías (*ordines*) habían marchado siempre á la par. El romano, que desconfiaba de sus fuerzas, había obtenido de los cónsules en Roma permiso para elegir un subcenturión que le defendiese del adversario que le estaba destinado. Este joven, oponiéndose en la pelea al centurión latino, consiguió sobre él la victoria. La batalla se dió casi al pie del monte Vesubio, en el camino que llevaba á Vesperis.

Los cónsules romanos, antes de formar el ejército en batalla, hicieron un sacrificio. Dícese que el arúspice mostró á Decio que en la parte que consultaba (1) la cabeza del hígado aparecía mutilada; por lo demás, añadía, la víctima era agradable á los dioses y el sacrificio de Manlio había tenido éxito: «Entonces todo ya

(1) La parte del hígado cuyas señales se referían á él y á los suyos, opuesta á la *parte hostil*: separábanse las dos partes por una línea imaginaria llamada *fissum*; dándose también por extensión el nombre de *fissa* á las partes separadas por la línea.

bien, puesto que mi colega ha hecho un sacrificio agradable á los dioses.» Una vez formadas las tropas, como antes se ha dicho, marcharon al combate. Manlio mandaba el ala derecha y Decio la izquierda. Al principio, por ambas partes se peleó con igual ardor é iguales fuerzas; pero muy pronto, no pudiendo en el ala izquierda sostener el choque de los latinos, los hastatos romanos se replegaron sobre los principes. En aquel momento de desorden, el cónsul Decio llamó á gritos á M. Valerio: «Necesitamos el auxilio de los dioses. ¡Adelante, pontífice máximo del pueblo romano! Dictame las palabras que debo pronunciar al sacrificarme por las legiones.» El pontífice le mandó tomar la toga pretexta, y con la cabeza velada, una mano levantada debajo de la toga hasta la barba, de pie sobre un dardo tendido en el suelo, pronunciar estas palabras: «Jano, Júpiter, Marte, padre de los romanos; Quincio, Belona, Lares, dioses novensiles, dioses indigetos, dioses que tenéis en vuestras manos nuestra suerte y la de los enemigos; y á vosotros también, dioses Manes, yo os conjuro y os suplico, os pido gracia y confío en ella, para que dispenseis al pueblo romano de los caballeros la merced de darle fuerza y victoria, y enviéis á los enemigos del pueblo romano de los caballeros el terror, el espanto y la muerte. Como ya he declarado por mis palabras, me sacrifico por la república de los caballeros, por el ejército, las legiones, los auxiliares del pueblo romano de los caballeros, y ofrezco conmigo á los dioses Manes y á la Tierra las legiones y los auxiliares de los enemigos.» Pronunciadas estas palabras, envió sus lictores á Manlio para que le dijese que se sacrificaba por el ejército; y él, ceñido el cinturón gabino, lánzase completamente armado sobre su caballo y se precipita en medio de los enemigos. Entonces pareció á los dos ejércitos mayor que la forma humana, cual enviado del cielo, encargado de aplacar el

enjojo de los dioses, libérra á su patria de los males y llevarlos sobre los enemigos. Así, pues, pasando con él al ejército latino el terror y el espanto, desordenaron primeramente las enseñas y en seguida se propaga la confusión por todas las filas. Cosa evidente fue para todos que por donde le llevaba su caballo, el enemigo quedaba sobrecogido de terror cual si le hiriese un astro maligno. En el momento en que cayó traspasado de dardos, las cohortes latinas fueron puestas claramente en derrota, y en su fuga ofrecieron á lo lejos el espectáculo de la desolación. Al mismo tiempo los romanos, libre el espíritu de todo terror religioso, lanzándose como á la primera señal del combate, comenzaron de nuevo la lucha, porque habiendo acudido los *rorarios* á las filas de los *antepilanos*, aumentaron las fuerzas de los *hastatos* y de los *principes*. Los mismos *triarios*, con la rodilla izquierda en el suelo, no esperaban para levantarse más que una señal del cónsul.

Durante la batalla, como en algunos puntos llevaban la ventaja los latinos por la superioridad del número, el cónsul Manlio, á la noticia del sacrificio de su colega, después de rendir, como mandaban las leyes divinas y humanas, justo tributo de lágrimas y de elogios á un fin tan memorable, se preguntó si no sería aquel el momento de mandar levantar á los *triarios*; pero pensando en seguida que mejor sería reservar para el momento decisivo aquella fuerza fresca aún y completa, mandó avanzar los accensos de la última fila á la primera. A este movimiento, los latinos avanzan sus *triarios*, creyendo que el enemigo acababa de hacer otro tanto; éstos, después de fatigarse durante algún tiempo en encarnizado combate, después de romper ó embotar sus lanzas, consiguen hacer retroceder al enemigo; creyense entonces dueños del combate, y cuando llegan á la última línea grita de pronto el cónsul á los *tria-*

rios: Levantaos ahora fuertes contra caídos; peusados en vuestra patria, en vuestros padres, en vuestras madres, en vuestras esposas y en vuestros hijos, en el cónsul que para daros la victoria acaba de entregarse á la muerte. Los *triarios* se levantan en seguida animosos y resplandecientes con el brillo de sus armas. Esta repentina aparición de un ejército nuevo, aumentado con los *antepilanos* recibidos en sus filas y el grito que lanza, contribuye á poner en desorden las primeras filas de los latinos. Pinchanlos en el rostro con las lanzas; destrozan las primeras filas, la flor del ejército enemigo; avanzan casi incólumes entre los manípulos, casi desarmados; penetran en los grupos y hacen tal estrago, que apenas dejan en pie la cuarta parte de los enemigos. Los *samnitas*, que estaban á lo lejos formados en batalla al pie de la montaña, contribuyeron también á difundir el terror entre los latinos. En último caso, entre todos los ciudadanos y aliados, la primera y principal parte de gloria perteneció á los cónsules: el uno atrajo sobre sí todas las amenazas y todas las venganzas de los dioses superiores é inferiores; el otro mostró en esta batalla tanto valor y prudencia, que todos los escritores romanos ó latinos que han transmitido á la posteridad su recuerdo, convienen en que en cualquier parte que hubiese mandado Manlio, habria conseguido infaliblemente la victoria. Los latinos se retiraron después de su derrota á *Minturnas*. Tomóse el campamento á continuación del combate, haciéndose en él considerable número de prisioneros, especialmente *campanios*. Aquel día no pudo encontrarse el cadáver de Decio por haber sorprendido la noche á los que lo buscaban; encontrósele á la mañana siguiente debajo de un montón de cadáveres enemigos, acribillado de dardos. Su colega le hizo funerales dignos de su muerte. Parece me deber añadir que el cónsul, el dictador ó el pretor, cuando no

tan las legiones enemigas, no está obligado por ello á sacrificarse él mismo, pudiendo designar libremente cualquier otro ciudadano, con tal que pertenezca á una legión romana. Si el hombre votado perece, considérase el sacrificio completamente consumado; si sobrevive, entonces se sepulta en tierra su efigie, de siete pies de alta, y se sacrifica una víctima expiatoria. El magistrado romano no puede atravesar, sin cometer crimen, el lugar donde está enterrada la efigie; pero si quiere sacrificarse él mismo, como hizo Decio, y no muere, el que así se ha sacrificado, no podrá realizar puramente ningún sacrificio público ni privado. Si quiere sacrificar sus armas á Vulcano ó á cualquier otro dios con una víctima ú otra ofrenda, podrá hacerlo. El dardo que el cónsul ha tenido bajo sus pies durante el ruego, no debe caer nunca en poder del enemigo; si cae, se ofrecen á Marte *suovetoriles* (1) expiatorias.

Aunque ha desaparecido la memoria de nuestras costumbres civiles y religiosas, por la preferencia otorgada á los nuevos usos extranjeros sobre nuestras antiguas instituciones patrias, no he creído inútil consignar estos detalles en los mismos términos en que han sido transmitidos y enunciados. Solamente cuando la batalla estaba ya ganada se vieron los romanos sostenidos por los samnitas, que habían esperado el éxito del combate; al menos así opinan algunos escritores. Por otra parte, Lavinio, que quería socorrer á los latinos, perdió el tiempo en deliberaciones, y los latinos estaban ya derrotados cuando apenas se habían puesto en camino lo *ssocorros*. Acababan de salir de las murallas las primeras enseñas de una parte de las tropas, cuando llegó la noticia de la derrota de los latinos, y en seguida re-

(1) Sacrificio en que se inmolaba un cerdo, una oveja y un toro.

trocedieron volviendo á la ciudad, lo que hizo decir á su pretor, llamado Milonio, «que haría pagar muy caros á los romanos los pocos pasos que acababa de dar.» Los latinos que habían escapado del combate y estaban dispersos por muchos caminos, se reunieron en un solo cuerpo y se retiraron á la ciudad de Vesúcia. Allí, en sus consejos, su general Numisio aseguraba que los desastres de la guerra eran comunes á los dos bandos; en uno y otro ejército había habido igual matanza y ruina; los romanos no tenían de la victoria más que el nombre, y en lo demás experimentaban igual suerte que los vencidos; los pretorios de los dos cónsules estaban de luto, el uno por la muerte de un hijo sacrificado por su padre, el otro por la de un cónsul que se ha sacrificado voluntariamente; su ejército mismo destrozado; exterminados sus hastatos y sus príncipes; delante y detrás de las enseñas, por todas partes matanza, y solamente habían restablecido el combate al final los triarios. Los latinos han sufrido sin duda mucho también; pero para recibir refuerzo se encuentran más cerca del Lacio ó de los volscos que los romanos de Roma. Así, pues, si se cree conveniente, marchará con toda premura á hacer un llamamiento á la juventud volsea y latina y volverá muy pronto á Capua con un ejército, para caer sobre los romanos que en manera alguna esperan un combate y á quienes aterrará este imprevisto ataque. Répar tense por todo el Lacio y la confederación volsea falsos relatos de la batalla; y como los que no habían asistido al combate les prestaban inconsiderada fe, formóse en seguida un ejército, levantado apresuradamente y de todas partes. El cónsul Torcuato marchó á su encuentro y le alcanzó cerca de Trifana, entre Sinuesa y Minturno. Sin tomar siquiera tiempo para acampar, arrojaron por una y otra parte los bagajes en montón, corrieron al ataque, y aquel combate terminó la guerra. El